



Reis. Revista Española de Investigaciones
Sociológicas

ISSN: 0210-5233

consejo.editorial@cis.es

Centro de Investigaciones Sociológicas
España

TORTOSA, José María

Reseña de "La sociedad dividida. Estructuras de clases y desigualdades en las sociedades
tecnológicas" de JOSÉ FÉLIX TEZANOS

Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas, núm. 94, 2001, pp. 207-211

Centro de Investigaciones Sociológicas
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99717902010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

directa o indirectamente de actos de violencia. En 1999 se computaron 6.527 casos de denuncias por agresiones sexuales y 24.985 de malos tratos. En cualquier caso, como ya se ha señalado en otras ocasiones, sólo se denuncian entre un 5 y un 10 por 100 de los incidentes (lo que dicho así, entre paréntesis, me parece exagerado; a la baja). No obstante, España, como ya se ha indicado, mantiene una tasa muy baja de divorcios, 0,9 por mil habitantes, lo que supone una tercera parte de la media correspondiente a la Unión Europea.

Por otro lado, se deja sentir un cierto tono de crítica en cuanto a que los poderes públicos se han mostrado indecisos, cuando no incoherentes, en lo referente a una política familiar. «La combinación de tasas de fertilidad

muy bajas y tasas de desempleo muy altas pueden ser atribuidas a que el Estado no ha sabido reaccionar ante los cambios demográficos... Dejándose llevar por inercias y circunscribiéndose casi a adoptar la legislación nacional a las directivas europeas —como sucede en múltiples temas, apostilla tímidamente no el autor y sí quien esto comenta— (aunque) también es cierto que no se han sentido presionados por (la) sociedad...».

Si la *sociedad civil* constituye uno de los marcos que informan al libro y al resultado de la investigación, el eco de una llamada a la *libertad* tendrá que ser el otro, consecuentemente con las concepciones que conocemos de Víctor Pérez Díaz.

Juan MAESTRE ALFONSO

JOSÉ FÉLIX TEZANOS

**La sociedad dividida. Estructuras de clases y desigualdades
en las sociedades tecnológicas**
(Madrid, Biblioteca Nueva, 2001)

Aunque hay sociólogos que piensan que la ciencia social, para ser tal, ha de mostrar interés, de una forma u otra, por el contenido y evolución de las desigualdades, el hecho es que la preocupación por la desigualdad presenta, dentro de la disciplina, notables variaciones en el espacio y en el tiempo, pero todas acaban mostrando, cada cual a su manera, las características de la sociología como disciplina histórica.

La primera razón para estas osci-

laciones, y como la polémica entre André Béteille y Louis Dumont hizo ver a mitad de los años ochenta, reside en que igualdad/desigualdad son conceptos de honda raíz cultural que no son «leídos» de la misma forma en la India o en Francia y que forman *clusters* con otros como, en el caso que nos ocupa, el individualismo/colectivismo y no siempre de forma directa y unívoca. La segunda razón consiste en que, al estar embebidos de juicios de valor, su análisis acaba

reflejando las modas intelectuales o las corrientes de pensamiento que afectan a todas las ciencias sociales y no sólo a la economía, asunto este último al que se ha referido con particular agudeza Paul Krugman. Para lo que aquí nos ocupa, la moda neoliberal, que ha sido la dominante en los últimos años, tendría que haber tenido como consecuencia una disminución de la preocupación por las desigualdades: disminución que se ha observado en los veinticinco años transcurridos entre el Premio Nobel de Economía a Gunnar Myrdal y el reciente a Amartya Sen. Entre estos rechazos, simbolizados por los dos economistas, de los males producidos por la desigualdad, se han encontrado, en este tiempo, incluso exaltaciones elitistas de la misma o legitimaciones biologicistas en términos de la campana de Gauss, el clima y hasta la raza.

Nunca son las cosas tan mecánicas. Si en los Estados Unidos (y, por tanto, en Europa) el tema de la desigualdad en estos últimos años se ponía como en sordina, no sucedía lo mismo en América Latina, incluso a pesar de los sucesivos intentos de resucitar el Proyecto Camelot de los años sesenta mediante el que se pretendió utilizar las ciencias sociales estadounidenses como mecanismo de penetración ideológica en el resto del continente americano. «Proyectos» de tal calado no han faltado en estos últimos años, pero aun así en América Latina se ha mantenido una fuerte tradición de estudio de las desigualdades, aunque, en más de un caso, más como repetición casi ritual de las teorías convencionales que como «análisis concreto de situaciones concretas».

La elección del tema de la propia investigación, como es bien sabido y no siempre suficientemente reconocido, es fruto de juicios de valor, cosa que ya mostró hace tiempo Emilio Lamo de Espinosa. Por eso refleja las condiciones sociales en las que se produce, el tiempo (la época) en que tal cosa sucede y el talante vital e ideológico del investigador. Desde esta perspectiva, es comprensible que la desigualdad vuelva a ser un tema digno de ser investigado y respetable: ha cambiado (está cambiando) la coyuntura mundial y para muchos de sus actores centrales comienza a difundirse la idea de que el exceso de desigualdad al que se ha llegado ha dejado de ser rentable. El mercado, en efecto, funciona mediante la desigualdad y produce desigualdad, pero si llega a niveles excesivos deja de ser útil para el funcionamiento del mercado mismo. En la dialéctica del depredador y su presa, esta última es necesaria para la existencia de aquél, cosa que ya reconocía Adam Smith en su *La riqueza de las naciones*: «¿Se ha de considerar esta mejora de las clases más bajas del pueblo como una ventaja o un inconveniente para la sociedad? La respuesta, a primera vista, parece clara. Los sirvientes y trabajadores de todas clases constituyen, sin duda, la mayoría de toda sociedad política de importancia, y lo que mejora a la mayoría nunca puede ser considerado perjudicial para la totalidad. Ninguna sociedad puede ser próspera y feliz si la mayoría de sus miembros son pobres y miserables. Además, es justo que aquellos que alimentan y proporcionan el vestido y alojamiento del conjunto de la socie-

dad dispongan de una parte de lo que produce su propio trabajo para alimentarse, vestirse y tener una vivienda adecuada». La cuestión de la justicia, recuérdese, le ha llevado a decir que «cuando la ley favorece al trabajador, siempre es justa y razonable, lo cual no siempre es cierto cuando favorece a los patronos».

Frente al retorno de estas antiguas ideas, hoy, de manos de instituciones heterogéneas que incluyen al Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo y, a veces, hasta al Banco Mundial, hay personas que han mantenido su línea de investigación sobre estos asuntos con independencia de las condiciones favorables o adversas para su difusión. Es el caso de José Félix Tezanos, cuyo libro ahora comento y recomiendo y que se anuncia como «parte de una trilogía sobre *la desigualdad, el trabajo y la democracia*, en la que se intenta ofrecer una visión prospectiva y crítica acerca de los principales problemas de las sociedades tecnológicas avanzadas en los inicios del nuevo siglo», y cuyos materiales proceden «en buena parte de la *Investigación sobre Tendencias Sociales de Nuestro Tiempo* dirigida desde 1995 por el autor».

En mi opinión, el libro, por lo que se refiere a su contenido, podría dividirse en tres partes. La primera, formada por los cuatro primeros capítulos, se dedica a la revisión conceptual y teórica de las diversas formas de estratificación social, a la manera en que ésta aparece en las emergentes sociedades tecnológicas avanzadas y, generalizando, a la lógica de la desigualdad social, capítulo este último que yo destacaría por la síntesis lograda en él. Viene, a continuación, una

parte más empírica, con los capítulos del 5 al 8. Esta parte se inicia mediante la presentación de las tendencias generales en el campo de la exclusión social, con especial atención, como para merecer un capítulo, a la cuestión de las infraclases. Le sigue la discusión del tema de las clases trabajadoras y de las clases medias, asuntos en los que la revisión de las teorías clásicas se hace más urgente. Son dos capítulos (el 7 y el 8) de particular interés no sólo por las perspectivas que aportan, sino por la revisión que hacen de las teorías.

La tercera parte, finalmente, incluyendo los capítulos del 9 al 12, retoma las discusiones de la primera parte una vez pasadas por el tamiz de la segunda. En esta parte se abordan cuestiones sobre la identidad y la conciencia social, la tendencia hacia nuevos sistemas de desigualdad, las tendencias en estratificación y, para concluir, el capítulo dedicado a los antagonismos sociales y el progreso histórico, asunto este último que le permite explicitar el tipo de racionalidad con respecto a valores que laten a lo largo de toda la obra.

Los motivos por los que creo que es un libro digno de ser leído no sólo se refieren a la coherencia intelectual de su autor a lo largo del tiempo o a la excelente base empírica en la que se sustenta su trabajo, sino que también incluyen los siguientes argumentos que, en terminología de C. Wright Mills, pueden reducirse a dos: evita, simultáneamente, el Scilla de la gran teoría y el Caribdis del empirismo abstracto, cosa que no suele ser frecuente en los estudios sobre la desigualdad presentes o pasados.

José Félix Tezanos toma posición muy rápidamente en el libro sobre «el círculo tedioso de las “relecturas” clásicas». Es bien sabido, e igualmente poco reconocido, que los autores clásicos (europeos primero y estadounidenses después) respondían a situaciones históricas concretas, cambiantes y modificables. Sus obras, desde este punto de vista, reflejan un mundo que ya no existe en su integridad: nuevas técnicas (o tecnologías), nuevas relaciones sociales, nuevos movimientos sociales, nuevos momentos en los ciclos de hegemonía mundial, y así sucesivamente. Y si ese mundo ya no existe, las teorías basadas en él tendrían que tener, y tienen, problemas. Las reacciones ante este desfase entre lo que dicen los clásicos y lo que se observa en la sociedad contemporánea pueden llevar a dos reacciones extremas: una afirmación fundamentalista de las teorías y un rechazo total de las mismas, siendo una de las maneras habituales de llevar a cabo la primera parte del dilema la de «releer» a los clásicos hasta que dicen lo que deberían haber dicho de haber trabajado en la actualidad. Otra cosa es que realmente lo hubiesen dicho: las más de las veces es imposible.

La alternativa, la del abandono total de las teorías por trasnochadas, es, de todas formas, un «echar al niño con el agua sucia» que Tezanos evita cuidadosamente a lo largo del libro. Lo que, efectivamente, encontramos en él es una visión de las características de estas sociedades tecnológicas en la que la ciencia y la tecnología ocupan el papel estructurante que hay que reconocerles y un análisis de sus efectos sobre las diferentes formas de

desigualdad junto a los desafíos que características y efectos suponen para las teorías clásicas al respecto. No es un libro sin teoría, pero no es un libro de «gran teoría» en el sentido peyorativo de Mills, lo cual no obsta para que algunas de las grandes discusiones de la sociología clásica sean reavivadas confrontándolas con los nuevos datos.

La otra vertiente está igualmente bien afrontada. Si uno de los defectos de los estudios sobre desigualdades (por ejemplo, el de numerosos latinoamericanos) es el de reducirlo a estudio sobre las teorías, otro defecto, igualmente observable, es el de restringirlo a una igualmente tediosa sucesión de datos sin la más mínima ilación teórica aparente. Datos, además, de cuya calidad hay motivos más que sobrados para dudar y datos cuya recolección «estatal» (de ahí «estadísticas») no puede ser tomada como a-ideológica. Es, en esa hipótesis, la funesta manía de «contar por contar» creyendo que la cuantificación es la única forma de «cientifismo» posible. En *La sociedad dividida* hay datos, pero como apoyo a un argumento explícito y continuamente explicitado. Lejos, pues, del «empirismo abstracto». Lo que aquí se hace es mostrar elementos que pueden ser discutidos de forma intersubjetiva, sin por ello dotarlos de un carácter taumatúrgico.

La navegación entre el Scilla y Caribdis de la teoría y los datos no es el único argumento a favor del libro. Hay dos más que me parecen importantes. En primer lugar, su perspectiva temporal. Es cierto, ya estaba en Karl Popper (y Amando de Miguel acaba de documentarlo), que no

podemos saber mucho sobre el futuro. Probablemente, nada o casi nada. Pero sí podemos saber sobre lo que los actores sociales piensan sobre el futuro y podemos indagar sobre lo que los estudiosos imaginan que va a ser, todo ello con técnicas de investigación, problemáticas como todas, pero que permiten salir del apego empirista al dato del hoy y ahora. Fruto de la *Investigación sobre Tendencias Sociales*, este trabajo proporciona abundante material sobre esta perspectiva de futuro, otro de los aciertos del libro. Lo que los actores piensan sobre el futuro forma parte de ese futuro, según esta versión particular del teorema de Thomas, aunque lo que puedan pensar no sea, ciertamente, el único factor que va a conducir las tendencias sociales en una dirección u otra.

En segundo lugar, el libro tampoco es positivista, es decir, no se queda en la mera descripción de cómo son las cosas, aceptándolas sin posibilidad de cambio alguno, sino que introduce, fruto de su racionalidad con respecto a valores, abundantes reflexiones sobre el «qué hacer», que fue una de las tareas asumidas por la sociología europea clásica, y que, en parte, se perdió en el minotauro, como lo llamaba Gouldner, de la «neutralidad» y de la (imposible) «ausencia de juicios de valor». El mundo de los intelectuales, llenos de preguntas y no siempre con buenas respuestas, dio paso al mundo de los expertos, los que saben dar respuestas sin hacer preguntas. Hora es de recuperar aquella racionalidad fundacional, que, además, tuvo un marcado carácter reformista.

Hay un último elemento que quisiera resaltar en el libro en cuestión, y es su didactismo. El libro está escrito en lenguaje académico, pero no oscuro o pedante, y busca continuamente aclarar los problemas al posible lector, no sólo remitiéndole a la bibliografía clásica o contemporánea sobre el aspecto en cuestión, sino, sobre todo, utilizando profusa y acertadamente cuadros y tablas que faciliten la comprensión del argumento o muestren, sin necesidad de ulteriores explicaciones, tipologías, enumeraciones y discursos al hilo del argumento.

La tradición de «el sistema social», al igual que la de la «formación social históricamente determinada», llevó, en muchas ocasiones, a plantear el problema de la desigualdad como algo generado *sólo* en el interior del sistema o formación social. No es el caso de *La sociedad dividida*, que, por lo menos, se encarga de situar las desigualdades de las sociedades tecnológicas avanzadas en el contexto que los sucesivos informes del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo o del mismo Banco Mundial se han encargado de poner de manifiesto: crecientes disparidades entre el centro y la periferia, el Norte y el Sur, las sociedades tecnológicas avanzadas y las no tecnológicas o no avanzadas. Tal vez, en mi opinión, hubiera venido bien algo más sobre los nexos entre los problemas de unos y de otros, entre las desigualdades de unos y de otros. Pero no tiene sentido criticar un libro por no ser el que uno hubiera escrito: el propio no tiene que ser necesariamente mejor.

José María TORTOSA